

El chip

Los vacunados podemos venderle el nuestro a una fábrica de automóviles



FELIPE BENÍTEZ REYES

Como tantos millones de incautos, y en contra del consejo de esos amigos que tuvieron la prudencia de convertirse de manera repentina en científicos, me vacuné. En mala hora. Con la presunta primera dosis me inocularon un virus gripal que me tuvo dos días postrado y febril. Me resistí a pensar que se trataba de un efecto calculado para suggestionarnos de que la vacuna hacía efecto en nuestro organismo. Tardé en enterarme de que con la segunda dosis, que no me provocó ningún tipo de reacción, me inocularon el chip. Eso fue lo grave.

Al principio no noté nada, pero a los pocos días sentí una especie de pinchazo en el hombro. Consulté el caso con un amigo versado en vacunología, a pesar de dedicarse él a la venta de coches usados, y me brindó una revelación estremecedora: el chip se me había quedado atascado en el hombro, lo que podía tener como consecuencia, si no se movía pronto de allí, una necrosis intramuscular irreversible, con lo cual lo más probable era que tuvieran que amputarme el brazo. Tres o cuatro noches estuve sin pegar ojo vigilándome el brazo en cuestión. Por suerte, el chip consiguió desatascarse y prosiguió su ruta por mi organismo. Al principio se me instaló en la vesícula, luego en el epigastrio y finalmente encontró su acomodo definitivo en el lóbulo parietal de mi cerebro, que es donde deben fijar su residencia los chips de control mental al estar programados para eso, aunque existen chips defectuosos que toman los rumbos más extravagantes, lo que merma su efectividad controladora por parte de los grandes oligarcas. (A un conocido mío se le instaló en una oreja y desde entonces oye pitidos y voces de ultratumba.)

Empecé a notar los efectos inductivos del chip cuando fui al supermercado y, al intentar coger de la estantería una lata de atún en aceite de mi marca habitual, se me paralizó la mano. Volví a intentarlo y la mano empezó a temblarme. Haciendo un esfuerzo mental de faquir, conseguí apresar la lata, pero entonces me dio un calambrazo. Al instante, la mano se me fue, por su cuenta, hacia una pila de latas de atún en aceite de una marca para mí desconocida: Bill Gates. Para mi sorpresa, mi mano, automatizada, metió en el carro cinco latas de ese producto.

Como ustedes saben, la producción de coches está paralizada por falta de chips. Un grupo de afectados por la vacuna hemos alquilado un autobús para desplazarnos a una fábrica de automóviles y venderle el chip que llevamos dentro. Por 50 euros, permitiremos que nos lo extraigan y lo utilicen con fines industriales. Así, de paso, muchos volveremos a comprar la marca de atún de toda la vida, no la imputada. Porque ya está bien de bromas.

Sobre las batallas culturales

JAVIER ZARZALEJOS

Los discursos más extendidos tratan de eludir realidades acreditadas por la experiencia para centrarse en la subjetividad sin estorbos

El Círculo de Economía de Cataluña acaba de publicar un documento, entre análisis y manifiesto, en el que alerta en términos casi angustiosos sobre la extensión en la sociedad catalana de la teoría del decrecimiento que, asentada sobre las preocupaciones medioambientales, plantea la incompatibilidad entre crecimiento y ecología. Esta misma semana tuve la oportunidad de escuchar una larga entrevista radiofónica a la ministra Ione Belarra en la que, además de su escandalosa acusación de prevaricación al Tribunal Supremo en la condena al secretario de Organización de Podemos, ni una sola palabra de todo lo que dijo evocó el más mínimo respeto a la libertad, sino, bien al contrario, la exaltación de un Estado que tiene el derecho a decidir sobre todo, sin reparar en las molestas exigencias jurídicas, como si el mercado no existiera, como si la engañoso alusión a su voluntad de remediar injusticias y desigualdades habilitara al poder público para hacer y deshacer con vidas y haciendas.

Cada día se planta un nuevo monumento a la inseguridad jurídica, es decir, a la arbitrariedad del poder, que en el caso más reciente ha puesto del revés por razones de puro oportunismo político el mercado energético, los beneficios empresariales que legítimamente esperan millones de accionistas que no tienen nada de potentados capitalistas. Los límites al gasto público ni se plantean, salvo por los que estén dispuestos a aguar la fiesta recordando que el bienestar no puede ganarse a base de deuda. Los fondos europeos, en vez de ser una oportunidad exigente para nuestra economía, se venden como si nos hubiera tocado el gordo de Navidad sin necesidad siquiera de comprar un décimo. Se creían cancelados problemas que ahora parecen volver como 'cisnes negros' que, en forma de inflación, crisis energética y estrangulamientos en las cadenas de suministro, emborronan la promesa de una recuperación indolora.



Y es que lo indoloro es sospechoso casi siempre, ya sea cuando se trata de una dieta para adelgazar sin esfuerzo como de aprender inglés mientras se duerme. Los discursos más extendidos tratan de eludir realidades acreditadas por la experiencia y están dando lugar a una cultura política centrada en la subjetividad sin estorbos. Apenas se oye hablar de la necesidad de economías competitivas; se trata de hacer economías, sociedades e individuos resilientes.

Lo que reflejan los nuevos currícula escolares es un surrealista desperdicio de talento y oportunidades. La responsabilidad individual y los deberes cívicos apenas encuentran un lugar en estos discursos porque todo lo reprochable es 'estructural', no atribuible a actos concretos de cada uno con sus consecuencias y responsabilidades, sino a modelos de organización social y de vigencia cultural que hay que derrotar. Lo individual, la dimensión personal de la responsabilidad, de los éxitos y los fracasos no remite al mérito y al esfuerzo sino a la desigualdad

que expresa la injusticia 'estructural' que sólo tiene como respuesta la rendición ante el Estado.

Ahora esa teoría del decrecimiento que tanto escandaliza a los empresarios catalanes se encuentra en la evolución natural de estos discursos nacidos del maridaje entre el comunismo residual, el populismo y el culto a la identidad. Eso del crecimiento -crecer ellos- es puro capitalismo. No les falta razón en esto porque allí donde se han querido instalar las distopías de la mente progresista, el resultado ha sido una equitativa distribución de la miseria, un prodigio de igualdad en la ruina.

En Barcelona, Colau se ha puesto a ello y, aunque parece un clamor el rechazo a la gestión municipal, no está nada claro que las cosas vayan a cambiar. Así que hacen bien los del Círculo de Economía en preocuparse y dejar sus recientes carantoñas a los antisistema que les gobiernan; antisistema en lo constitucional, en lo económico o en ambas cosas a la vez. Es más, a tenor del comportamiento electoral de la sociedad catalana, o mejor dicho, de la mitad de ella, las posibilidades de que los catalanes escuchen llamadas de atención como esta parecen bastantes remotas. Cataluña seguirá pareciendo una sociedad que se despierta todas las mañanas pensando en cómo se dará un tiro en el pie.

Pero, como se ha argumentado, este no es un problema que se dé únicamente en la política catalana. España en su conjunto es hoy un gran campo de experimentación para el radicalismo vestido de progresismo, un terreno en el que probar toda la rudimentaria ingeniería social de una izquierda de asamblea de facultad con pulsiones autoritarias y una arrogancia indescriptible. Esta es, desde luego, una gran batalla cultural que no consiste como creen algunos en la derecha en competir por ver quién la dice más grande, sino en desafiar con firmeza, seriedad y argumentos los dogmatismos que conducen a una sociedad al fracaso. En esto, Cataluña, sin duda, lleva la ventaja.

Verbena

ROSA PALO



Cuando tú no vas de copiloto, sino de paquete, tienes que dejar la música del viaje en manos ajenas y confiar en la lista de Spotify de los extraños. Así, volviendo de Madrid, y entre los Ramones y Carínho, acaban sonando Novedades Carminha y su 'Verbena'. Y a mí se me pone cuerpo de idem.

La palabra 'verbena' dan ganas de comérsela. Es una golosina que sabe a pepioto de ternera y a quinto de cerveza, a or-

questa de pueblo y a luces de colores, a magreo detrás de la tómbola y a desayuno de churros con chocolate antes de volver a casa. A la altura de Albacete, una descubre que su única ambición es ser verbenera.

Pero he de tener paciencia: aún me queda para conseguirlo. Más que a Angela Merkel, que ha esperado dieciséis años. Se despierte de la política y de las chaquetas de tres botones para dormir un poco y pasear por la naturaleza, según dice. Pero, en reali-

dad, lo que quiere es irse de verbena y protagonizar una peli de sábado por la tarde, de las auténticas o de las que se inventan en la descacharrante cuenta de Twitter. Una mujer poderosa, deseosa de nuevas experiencias tras abandonar su trabajo, viaja a un luminoso país mediterráneo y lo recorre de fiesta en fiesta hasta que encuentra el amor de su vida cuando conoce al dueño de la tómbola. No sé si Merkel hará realidad la sinopsis del telefilme, pero seguro que ganas no le faltan. Espero verla moviéndose al son de la Orquesta Tornasol con una muñeca chochona en una mano y un gin tonic en vaso de tubo en la otra. Porque esa visión de una Merkel desatada bailando en medio de la plaza del pueblo somos nosotros liberados, al fin, de las opresiones del trabajo, de los días oscuros y de las chaquetas de tres botones. O de dos.